

21° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 19.09.2014

El tema de la caridad de Cristo como horno que purifica y da vida a nuestro amor en Cristo para todos, me permite volver al versículo del Cantar de los Cantares que hemos profundizado: “Tú me has robado el corazón... con una sola de tus miradas”, pero bajo otro ángulo. San Bernardo o Guillermo de Saint-Thierry no consiguieron terminar su comentario al Cantar, por lo que no llegaron al versículo 9 del capítulo 4. Además de esto, los padres cistercienses no pudieron leer este versículo como lo percibí yo, por el sencillo motivo de que la traducción latina que tenían a su disposición no era “Tú me has *cogido* el corazón”, sino “: “Tú me has *herido* el corazón”: “*Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa; vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum*” (Ct 4,9).

Evidentemente, esto cambia la posibilidad de interpretación de este versículo del Cantar. Pero también permite interpretarlo con ulterior profundidad, añadiendo el elemento de la herida, y permite, por lo tanto, leerlo también a la luz del Evangelio de Juan, en el que “la única mirada” que ve y roba el Corazón de Cristo es primeramente la de aquellos que Lo han traspasado: “Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: *No se le quebrará hueso alguno*. Y también otra Escritura dice: *Mirarán al que traspasaron*.” (Jn 19,33-37)

Pero en seguida nos damos cuenta de una diferencia entre la mirada de los soldados que miran a Cristo traspasado y el versículo del Cantar traducido con “Tú me has herido el corazón... con una sola de tus miradas”. En el caso de los soldados, la mirada viene después que ellos han herido el costado y, por lo tanto, el Corazón de Cristo. Sin embargo, en el Cantar es la mirada misma la que hiere el Corazón. Es algo para meditar, porque, en el fondo, da a la herida del Corazón de Cristo un significado de extremada sensibilidad. Si la herida es provocada por nuestra mirada, y no por nuestra “lanza”, es decir, por nuestra violencia, por nuestro pecado, entendemos que más que una herida sufrida es una herida querida, en la total libertad del amor de Cristo. También la herida de la lanza es querida y permitida libremente por el Señor, como todo lo que Él ha sufrido durante la Pasión; pero la imagen de la mirada que basta para herir el Corazón del Señor pone en evidencia esta libertad total de Dios al amarnos, y su extrema dulzura. Dios es sensibilísimo a la relación del hombre con Él. Cristo es tan sensible a la relación con nosotros, que una sola de nuestras miradas Lo hiere en lo más íntimo, no en sentido negativo, es decir, en el sentido de que nuestra mirada Le haga mal, sino en el sentido que nos es revelada la disponibilidad de Dios a darse a nosotros hasta lo más íntimo de su Ser, hasta vaciarse de Sí por nosotros, a la mínima señal de vuelta a Él, de relación con Él.

Gilberto di Hoyland, el abad cisterciense inglés que ha continuado el comentario del Cantar de los Cantares que quedó interrumpido por san Bernardo, consiguió llegar hasta nuestro versículo, y le consagra un precioso Sermón, que os invito a meditar, aunque no está muy disponible.

Gilberto subraya precisamente la extremada sensibilidad de amor mostrada por Jesús: "Corazón verdaderamente dulce a quien nuestro afecto mueve a retribución. (...) Todo el amor que le retribuyas no lo recibe como algo que le es debido sino como algo gratuito. El se siente como provocado al amor cuando afirma que su corazón está herido." (§ 1). Y entonces Gilberto nos invita a "aprovecharnos" de esta sensibilidad del corazón de Dios, hiriéndolo lo más posible con nuestras miradas de amor: "Esposa, no vaciles en acercarte con tales dardos al Esposo. Emplea estas miradas amorosas cual si fueran saetas. No obres en esto con indolencia, no te contentes con herir al Amado una sola vez, sino hiérello muchas veces. Feliz de ti si tus flechas se clavan en El y tus amores se encuentran en Cristo, si tu ojo está clavado incansablemente en El. Buena herida es aquélla de donde sale una fuerza. Una mujer tocó la orla del vestido de Jesús, y éste sintió salir de sí una fuerza (cfr. Lc 8,43-46). ¿Con cuánta mayor razón sentirá salir de sí la gracia cuando su corazón no sólo es tocado levemente sino también herido? Esta herida no carece de sentido; por eso lanza tú hacia El los dardos de una mirada pura; considéralo como blanco puesto para tales saetas. El las recibe favorablemente porque también El las arroja. Miró a Pedro e hirió su corazón y lo compungió, inclinándolo a la penitencia (cfr. Lc 22,61-62). Las lágrimas son signo de un corazón herido." (§ 2)

Como veis, no se trata de una mística de "piadosas mujeres": es una mística llena de pasión, de caballeros y damas medievales. Viril y femenina al mismo tiempo. Se encuentra la pasión afectiva de la Magdalena y la impetuosidad de Pedro. En ella un san Juan puede ser al mismo tiempo el "hijo del trueno" (Mc 3,17) y el dulce amigo que reposa sobre el pecho del Maestro (cfr. Jn 13,25; 21,20). Los autores del siglo XII eran mucho más libres que nosotros para expresar los polos, con frecuencia contrastantes, de la psicología humana. Eran libres porque tenían claro cuál es el centro que unifica al hombre, que recompone la unidad del hombre más allá de sí mismo y en la profundidad de sí mismo: Cristo Esposo, el Corazón de Cristo que nos ama y se da a amar.

Se es libre y fecundo solo si en nuestra vida y vocación no perdemos de vista el centro de unidad al que podemos reconducir todo, incluso lo que nos divide interior y exteriormente. Una buena comunidad religiosa, monástica, no es una comunidad de ángeles, sino de hombres y mujeres que se ayudan a reconducir todo a la unidad en Cristo. No es un buen monasterio, no se es una buena comunidad, donde se es formado perfectamente en un aspecto de la vida y vocación, pero no a la unidad en Cristo de *todos* los aspectos de nuestra vida y vocación.

Los peores monasterios son aquellos en los que se reza bien y se vive todo lo demás mal (vida fraterna, trabajo, descanso, etc.). Pero también aquellos en los que se trabaja bien y se reza mal. Es mejor vivir todo mal, pero conscientes de que todo puede encontrar unidad solo en Cristo, que ilusionarse con vivir bien una vocación porque se vive bien solo un aspecto de la misma, descuidando todo lo demás. Porque quiere decir que Cristo no es el centro de *toda* la vida.

Gilberto de Hoyland llama a esta unidad profundizando, siempre en su Sermón sobre el Cantar 4,9, el tema de la “sola mirada” con la que herir el Corazón de Jesús: "Tu ojo es uno si es puro; es uno si no se posa sobre muchos objetos; es uno si está, por decirlo así, simplificado, entrecerrado y dirigido hacia un solo objeto; y no inquieto, disperso, desparramado en muchas cosas. Tu ojo es uno si te diriges y miras siempre al Uno y a aquel Uno. De ahí que si es el ojo del amor, es uno. (...) Este ojo es uno, busca al Uno y mira al Uno. (...) Si tu intención hacia Dios no es uniforme y simple, si tus pensamientos flotan sin disciplina, las agitaciones extrañas e indisciplinadas del espíritu turbarán la atención del ojo, dividirán la mirada simple de la intención y disiparán el corazón." (§ 3)

Estos textos, esta mística que, antes que cisterciense es evangélica, juanea y paulina, deben ayudarnos a percibir que la unificación en Cristo de nuestra vida no es una práctica, por decirlo de alguna forma, *zen*. Es un drama, ¡es el drama cristiano! El drama cristiano es un amor que se deja herir, que sufre, que hace sufrir. No es nunca una “santa indiferencia”. El drama cristiano es una caridad herida, o, mejor, una herida de caridad, una herida de amor, de la que nos habla aún el Cantar de los Cantares, también a través de la esposa: “Me encontraron los centinelas, los que hacen la ronda en la ciudad. Me golpearon, me hirieron, me quitaron de encima mi chal los guardias de las murallas. Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que enferma estoy de amor” (Ct 5,7-8).

La mística cristiana es una mística de la compasión.